# Pasen sin llamar



Oficina de la Muerte

Juan Manuel del Río

-"Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron". Apocalipsis 21:4

#### Cristo:

"Éste es el designio del que me envió: que de todo lo que me ha entregado no pierda nada, sino que lo resucite el último día. Porque este es el designio de mi Padre, que todo el que reconoce al Hijo y le presta adhesión tenga vida definitiva, y lo resucite yo el último día" (Jn 6, 39-40).

# Advertencia previa

Amigo/a, y posible lector/a: Este no es un libro tétrico. Ni una película de miedo. No pretende asustar a nadie. Todo lo contrario. Trata, sencillamente, de ofrecer unas breves reflexiones sobre un tema, la Muerte, ampliamente tratado desde muchos ángulos como, la ciencia médica, la filosofía, la teología, la sociología, o la psicología. Tampoco intenta centrarme en ella, salvo como paso obligado, porque en definitiva se trata de hablar de la Vida. No teniendo la muerte la última palabra, el objetivo es la Vida. Ambas vistas y enfocadas desde Cristo.

El autor.

### **OFICINA DE ENFRENTE: LA MUERTE**

¡No, no...! Nadie se asuste por este comienzo. No se trata de asustar a nadie, ni éste es un libro de terror. Así que, invito a los lectores a que abramos los ojos. Ahora imaginemos que entramos a un edificio de oficinas. Vemos puertas aparentemente cerradas, pero no lo están. Porque a la puerta de muchas oficinas nos topamos con un letrerito que dice: "Pasen sin llamar".

Pues bien, si acordamos, como digo, imaginar metafóricamente el mundo como un gran edificio de oficinas, tendríamos que, en uno de los pisos está la oficina de la Vida. Pero, en el mismo piso, ¡qué casualidad!, puerta por frente, resulta estar también la oficina de la Muerte. No de una funeraria, no; de la Muerte. Y en la puerta el consabido letrerito: "Pasen sin llamar".

La verdad es que no hace falta llamar, ya se encarga la muerte, ella misma, sí, de salir a recibirnos antes de que nosotros nos asomemos entreabriendo la puerta. Querámoslo, o no, la oficina de la muerte la tenemos siempre en la puerta de enfrente. Y curiosamente, tarde o temprano todos entraremos en ella. Porque ni la oficina de la Vida cambia de dirección, ni la de la Muerte. Y así por los siglos de los siglos.

Estamos, pues, ante el tema de la Muerte, la gran multinacional. Ahora bien, el tema de la muerte puede abordarse desde muchos ángulos. Uno podría ser el del sentido trágico, que sin duda tiene. No es el caso. O bien, podría enfocarse desde el aspecto filosófico, que es un enfoque mucho más certero y universal. Cabe también un enfoque sentimental, un tanto melifluo. Está también el aspecto folklórico, como modo de quitarle dramatismo a un hecho inexorable. Personalmente prefiero un enfoque realista, es decir, abordar la muerte tal cual es, como algo connatural, sin adjetivaciones.

Y bien, dentro de esta connaturalidad, entiendo que caben, al menos, dos caminos. Para mí, es el más real resulta ser el de su dimensión cristiana. No le quita dramatismo, ni realismo, ni misterio, pero lo sublima, desde la esperanza cristiana, en nueva Vida. Que es lo mismo que decir que la muerte no tiene la última palabra. La Vida vence a la Muerte. Además, ayuda a afrontar este trance amargo con serenidad y esperanza.

Incluso, cabe también aplicar el sentido del humor. No me resisto a traer aquí una anécdota, real como la vida misma. Tuvo lugar hace años por tierras guatemaltecas. Se llamaba Miguel. Su apellido Barberà. Fue un compañero y amigo ideal, de los que no abundan, con el que compartí comunidad durante seis años en Mazatenango. Catalán él, navarro yo.

Hacía un año que le habían detectado un cáncer. Incluso le abrieron para operarlo, pero lo volvieron a cerrar. Los médicos dijeron que no había nada que hacer. Aún aguantó un año, y sin aparentes grandes molestias. Pero el avance del mal era inevitable.

Cuando las cosas se complicaron irremediablemente le dijeron que le quedaban tres meses de vida. Y así fue.

—Bueno, pues está bien, -contestó con una serenidad pasmosa.

Había sido uno de los grandes misioneros. Y un compañero y amigo ideal, como he dicho. Pero la muerte traía el reloj ajustado a la Hora de la eternidad.

Miguel dijo, y reiteraba, que no tenía miedo. Y citó a la muerte de frente. A sus cincuenta y ocho años le hubiera dado una larga cambiada a la muerte. Pero no estaba para muchos pases sobre el redondel de la vida. Y Miguel cayó en el centro mismo del redondel, en la última y definitiva faena de la vida; él, que como misionero, había brindado a la Vida mirando siempre al tendido espléndido de la eternidad. La cornada del cáncer era mortal de necesidad.

¡Qué buenos ratos pasamos juntos en la clínica de San Felipe Retalhuleu, situada entre los cafetales! Porque, eso sí, el buen humor nunca lo perdió. Ni la paz interior, que es el baremo de la gente de bien; a pesar del dolor que el cáncer le producía en ese ya final de su vida.

Nunca olvidaré aquel día. Llegué temprano, como todos los días, a la Clínica. Al entrar, me miró con aquel rostro macilento, que más parecía una edición pobre del Quijote con su clásica figura ascética, donde antaño señoreaba una hermosa y larga barba de misionero.

-¡Juan Manuel, ven, acércate, que tengo un problema!

Me lo dijo tan serio que supuse que quería confesarse, aunque no era hombre de problemas, ni problemático. Pero en fin, pensé, cuando uno está para morirse se le concede permiso para tener problemas.

-Miguel, tú dirás.

Haciendo acopio de la poca voz que aún le quedaba y de su gran dosis del buen humor que siempre le acompañó, me dice:

- -Pues, sí... Tengo un problema.
- −¿Cuál?
- -iQue no sé si morirse a la antigua o a la moderna!

No pude reprimir una sonora carcajada, que se fundió con la suya. ¡Qué enorme sentido del humor! ¡Y de la ironía! ¡Qué gran catalán Miguel! Su "problema", entre comillas, venía a cuento de las largas conversaciones que los dos habíamos tenido sobre el Concilio.

Porque a nosotros, el Concilio Vaticano II nos había pillado a caballo entre lo que podíamos llamar el antes y el después del Concilio. Que es como decir lo caduco y lo nuevo. Lo que debía dejarse y lo que había que renovar. El Concilio marcaba para la Iglesia tiempos nuevos, tiempos de renovación en todo sentido.

Pero ¿y la muerte? He aquí la cuestión. ¿Pertenecía al antes o al después? Lo que los sesudos teólogos hubieran tardado siglos en dilucidar, él lo solucionó en menos que canta un gallo.

-No sé si morirme a la antigua o la moderna.

¡Toma castaña! ¡Buen sentido del humor, Miguel, buen sentido! ¡Tú sí entendiste el Concilio, y la Hora de Dios, que afrontaste con tan gallarda hidalguía y humor!

Si cuento esta anécdota es por ser otro enfoque posible de la muerte, aunque dudo que se den muchos casos como el citado.

Con lo cual, mi reflexión consiste en ver la muerte como acontecimiento universal. Sin más. No entro en valoraciones en cuanto pueda tener de fatalidad, de tragedia, o de resignación, por ser inevitable. Esto no es un tratado sobre la muerte, sino una simple reflexión.

De ahí que, en el corredor junto a la "oficina" de la Muerte podríamos colocar un cuadro pintado con colores otoñales titulado poéticamente: "Noviembre del bien morir". ¡Hombre!, todos los meses son aptos para morirse. Pero Noviembre tiene un color especial.

Ocurre que en noviembre concurren dos fiestas unidas por el calendario. Día 1: fiesta de Todos los Santos. Día 2: fiesta de Todos los Difuntos.

La celebración de los Difuntos ha estado dando saltos por el calendario litúrgico. En el siglo VI los benedictinos la celebraban al día siguiente de Pentecostés. En España era el sábado anterior al sexagésimo día antes del Domingo de Pascua. Alemania, Francia, Bélgica···, tuvieron distintas fechas. Hasta que, según datos, fue en Milán, siglo XII, donde se establece el 2 de noviembre como fecha para toda la Iglesia.

El caso es que ambas celebraciones van unidas. Pero ocurre que a nivel de sentimientos, a los Santos, día 1 de noviembre, que habría que celebrarlos con gozo, con alegría, se celebran, sí, pero con una alegría en sordina, porque al ser festivo y estar pegado al día 2, día de los difuntos, la gente aprovecha para visitar los cementerios. Con lo cual, los santos pasan a un segundo lugar.

Pero en fin, a los santos los vestimos de blanco, de fiesta, incluso, nos los imaginamos muy felices, "allá arriba", en la Gloria de Dios, es decir, en otro espacio al que no llegamos, y en consecuencia, sentimentalmente los sentimos distantes. Casi como si cosa no fuera con nosotros.

En cambio, a los Fieles difuntos, o Difuntos sin más, parece que los sentimos muy cercanos, "aquí", muy junto a

nosotros. Y más que pensar en los Difuntos en general, pensamos en nuestros familiares que ya se nos han ido. Pero no los situamos allá "en lo alto", distantes, sino "acá", a nuestro lado. Es cuando sentimos lo mucho que los queremos…, (a veces más después de muertos que en vida). Y es entonces cuando afloran, junto al recuerdo, los sentimientos, las lágrimas, y quizá y sin duda, los remordimientos, por tantas omisiones o faltas de amor que con ellos tuvimos.

Y en fin, a la hora de reflexionar en este tema, habitualmente tabú, pero ineludible, la mejor opción me parece ser la de la naturalidad. Lo cual nos puede conducir a ver la muerte desde dos aspectos. Uno: ideas que hay sobre la muerte, en general. El otro, el aspecto cristiano de la misma: la muerte vista desde la propia muerte de Cristo.

#### Ideas sobre la muerte en algunos pensadores

Aquí no queda más remedio que acudir al acervo de reflexiones y ejemplos que nos han legado algunos pensadores significativos. Por ejemplo, *Platón*.

Curiosamente, Platón pensaba en la muerte como un "azar feliz", que nos permitirá por fin contemplar, sin trabas ni velos, las verdaderas realidades. Lo que él llama el mundo de las Ideas. Pero añade: siempre y cuando se haya vivido, claro está, como es debido.

En realidad Platón era pesimista ante la realidad humana. Según él, el alma vive prisionera del cuerpo. Alma y realidades enfrentadas son dos Consecuentemente, la tarea moral, religiosa e intelectual del hombre consiste en intentar liberarse de las exigencias del cuerpo y de sus limitaciones. ¿Cómo lograrlo? Mediante la purificación o ascesis, como proceso de liberación, consistente desde un punto de vista moral en intentar eliminar o moderar los apetitos sensuales (apetito sexual, deseo de bienes materiales..., etc.). Y desde un punto de vista intelectual, intentando llevar una vida de conocimiento por medio de la razón. Decía que filosofar es aprender a *morir*: que consiste en dirigir los ojos del alma hacia el mundo de las Ideas.

Pero siendo la muerte tema poco o nada agradable a nuestra sensibilidad, echamos mano de *Epicuro*, por ejemplo.

Epicuro, más que afrontar el tema, decía que es mejor entregarse a los placeres alejando así el temor a la muerte. Es decir, que se sale por la tangente, y en definitiva, no afronta la muerte de frente. Por el contrario, procura olvidarse de ella.

Para el filósofo neerlandés de origen sefardí portugués, y uno de los tres grandes racionalistas de la filosofía del siglo XVII, *Spinoza*, junto con el francés Descartes y el alemán Leibniz, la muerte no es otra cosa que "un mal encuentro".

De otro lado, el prusiano *Kant* pensaba que nuestra finitud no menoscaba en definitiva nuestra racionalidad, única dimensión donde reside la dignidad humana.

Curiosamente, un pensador como *Hegel*, inspirado sin duda en San Pablo dirá, sin tapujos, que la muerte es "lo más espantoso", pero que "es vencida por la vida del Espíritu".

Schopenhauer, un hombre angustiado por la muerte, pesimista él; decía que hay desapegarse cuanto sea posible de la vida, para intentar ahorrarse el dolor de la catástrofe.

Sobre fines del siglo XIX aparece *Nietzsche* que, con su eterno retorno, se atreve a apostar resueltamente por la vida sin desconocer su finitud, pero a condición de brindarle un aire de eternidad.

Dentro de este panorama, tenemos *el existencialismo,* que encara decididamente la cuestión de la muerte, sin subterfugios ni eufemismos.

Y en el marco del existencialismo, podemos fijarnos sobre todo en *Heidegger*. En su única obra sistemática, *Ser y Tiempo* (1927), emprende una redefinición total del ser del hombre, al que interpreta como *Da-sein*, es decir, "ser una relación de ser"; o de otro modo, ser un ser de posibilidades. Diríamos irónicamente, uno no muere, quien se muere es el otro.

Pero si nos asomamos a las sociedades humanas, vemos cómo la muerte ha tenido siempre una presencia permanente y constante. En la genética de muchos pueblos primitivos, y no tanto, de los que se ocupa la antropología, no consideran la muerte como un fenómeno natural, y el ejemplo más fehaciente es la misma *Biblia*. Según la Biblia, la muerte se introduce en sus vidas como consecuencia de algún pecado; o de infringir alguna norma o tabú. Es el llamado *pecado original*, de la tradición judeo-cristiana, que encaja con toda precisión en este esquema básico.

De otro lado, la muerte, como el nacimiento, afecta al individuo, pero no a la persona. Del individuo se dice con propiedad que nace y muere. En cambio, no podemos decir que una persona nace ni tampoco que muere, salvo que hablemos metafóricamente. Por eso, es correcto decir que hay cadáveres y embriones de "individuos"; pero no hay embriones ni cadáveres de "personas".

La persona, entiéndase bien, no nace; es el individuo mismo quien se constituye en persona; y no muere, porque su fallecimiento no es una aniquilación: sigue viviendo, aunque sea en los otros, (cosa que no podrán negar ni aquellos que dicen que con la muerte se acaba todo, y que no hay otra Vida después de la muerte). Vivir en la memoria de los otros e influir en ellos es también una forma de permanecer vivo.

Pero no se trata sólo de vivir en la memoria de alguien. Se trata, ante todo, de *vivir de verdad y en plenitud.* ¿Cómo?

#### **Morir en Cristo**

Todos intuimos, anhelamos, y necesitamos que haya otra Vida después de la actual. La nada, la misma palabra lo dice, no es, no existe. De lo contrario, sería el mayor absurdo. Tampoco el sinsentido puede existir.

Llegados a este punto, hay que afirmar con rotundidad que hay una muerte, paradigma de toda muerte, incluso para los no creyentes: es la muerte de Cristo en la cruz.

Para los creyentes, la pasión y la muerte de Jesús en el Calvario nos lleva a todos a la auténtica sabiduría de la cruz, como afirmaba san Pablo.

Cuando nos situamos, irremisiblemente, ante el misterio del mal, del dolor y de la muerte misma, lo mejor que podemos hacer es acercarnos al Calvario. Y ahí, contemplar la figura de Cristo, Dios y Hombre, en la cruz.

Él, en la realidad dramática de su muerte, pasó por la soledad y por los sufrimientos propios de todo moribundo. Y desde su propia experiencia personal, llega a clamar en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿porque me has abandonado?".

Es su grito. Y es al mismo tiempo el grito de toda la Humanidad. De esta manera Jesús está muy cerca de toda persona humana que sigue, paso a paso, el camino de una vida que desemboca indefectiblemente en el dolor de la muerte.

Contemplando a Jesús muriendo en la cruz, recibimos luz para entender y aceptar el dolor y nuestra propia muerte. Se trata, por consiguiente, de morir con Cristo. Es decir, a lo Cristo. Y como Él, dirigiéndonos al Padre, exclamar: "En tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu". Porque la muerte, siendo aparentemente aniquilación total, soledad máxima, es al mismo tiempo, el paso hacia el Padre, es decir, a la Vida sin final.

Nuestro instinto nos lleva a rechazar el sufrimiento y la cruz. Pero captar la sabiduría de la cruz es un don de Dios. Es el don de la fe cristiana. Así podemos entender aquellas palabras del apóstol san Pablo que predicaba a Jesús, "crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los griegos, pero sabiduría y salvación para los creyentes".

Para el creyente la muerte no es el final. Tras la muerte viene la Resurrección. Por consiguiente, Vida.

# QUÉ IDEA TENEMOS DE LA MUERTE DE CRISTO

#### La cruz de Cristo.

Los creyentes, para situar, entender, y encauzar nuestra muerte, nos fijamos en la de Cristo. Entonces estamos asumiendo, por gracia, una actitud de fe. Es lo que han hecho a lo largo de la Historia los cristianos en general, y muy significativamente, los santos. Pero también los poetas. Son muy socorridos los versos del gran poeta gaditano Pemán:

¡Cristo de la Buena Muerte,
el de la faz amorosa,
tronchada como una rosa,
sobre el blanco cuerpo inerte
que en el madero reposa.
¿Quién pudo de tal manera
darte esta noble y severa
majestad llena de calma?
No fue una mano: fue un alma
la que talló tu madera.

Si en el enfoque del capítulo anterior me he fijado, a modo de ejemplo, en la idea que algunos pensadores tienen sobre la muerte, en este segundo apartado podemos preguntarnos sobre la idea que tenemos de Cristo muriendo en la cruz. Y como estoy redactando estas líneas en Jerez de la Frontera, Cádiz, quiero centrar esta idea, a modo de asunción global, en un santo tan querido para los jerezanos como es *San Juan Grande*.

Juan Grande Román nació en Carmona, Sevilla, el 6 de marzo de 1546. Fue bautizado en la Parroquia de San Pedro de Carmona. Su padre, artesano de oficio, falleció cuando Juan tenía 11 años.

A los 17 años Juan se dedicó al comercio como vendedor de telas. Poco tiempo después el mismo oficio, providencialmente, le hizo entrar en una profunda crisis espiritual. Deja entonces su familia, y se retira a la Ermita de Santa Olalla, en Marchena, donde pasa un año en retiro, tratando de conocer su verdadera vocación. Decide entonces dedicarse totalmente a Dios, adoptando el sobrenombre de "Juan Pecador".

Con sólo 19 años, Juan Pecador se traslada a la ciudad de Jerez de la Frontera, Cádiz, y empezó una nueva vida: "Atendía personalmente a la gente necesitada, a los presos de la 'Cárcel Real', y a otros enfermos convalecientes e incurables, que encontraba abandonados". Para ayudarles pedía limosna por la ciudad.

En enero de 1574, se generaliza una grave epidemia en Jerez y dirige entonces un memorial al Cabildo urgiendo la asistencia a los enfermos tirados por la calle. Él se multiplica ante tanta necesidad, y al fin opta por fundar su propio Hospital, que poco a poco lo fue ampliando. Lo dedica a la Virgen, Ntra. Sra. de la Candelaria. Situado donde hoy está la Capilla de San Juan de Letrán, conocida también como El Nazareno.

Son sólo unos datos, muy someros, de un santo cuya fe en el verdadero Cristo lo lleva a asumir el dolor de los cristos chicos que nos encontramos todos los días a nuestro lado, en las calles de nuestro diario vivir, con la cruz de su dolor a cuestas. Y es que, sólo se puede ser así, cuando se cree en la Vida, cuando se cree en el Cristo que ha vencido al pecado y a la muerte, precisamente, desde su muerte redentora en la Cruz.

Jesús no murió por gusto en la cruz, por supuesto. Nadie lo haría. Jesús muere en la cruz para la salvación de toda la humanidad. Y conviene recalcar esto: de toda la Humanidad, no sólo de los creyentes. También por quienes le vuelven la espalda.

Al mismo tiempo, Él nos ha llamado y enviado a comunicar a todos este amor salvador. Por eso, al pie de la cruz del Señor es donde aprendemos a sentirnos misioneros y defensores de la Vida, y evangelizadores agradecidos, ya que Cristo, al entregar su vida por nosotros y por todas las personas de todos los tiempos, ha dado sentido y nos invita a

valorar nuestra vida temporal, al tiempo que nos proyecta con fuerza a la eterna.

Cuando nos acercamos a la Pasión y Muerte de Jesús, podemos hacerlo como simples espectadores curiosos, como ocurrió históricamente. Aquellos que miraban desde lejos, por curiosidad. Pero podemos hacerlo también con fe, como las personas que estuvieron al pie de la cruz, la principal su Madre, la Virgen María.

Desde esta perspectiva es posible entregar nuestra vida al servicio del anuncio de la Buena Nueva. Será consecuencia y expresión lógica de la gratitud que sentimos por el inmenso amor con que Dios nos ama.

Se dice que "amor con amor se paga". Y es que, el amor es agradecido y alegre. De este modo, la evangelización la haremos, siguiendo la exhortación del Papa Francisco, "La alegría del Evangelio", con alegría, con convencimiento, sin miedo y sin complejos. La razón es porque hay muchos hombres y mujeres que necesitan y esperan este *anuncio de* la Buena Nueva de la Muerte y Resurrección de Jesús. A los gracia afortunados nosotros, por creventes, corresponde ofrecer este anuncio para que cada persona pueda tener un encuentro personal con Jesucristo, el único que da sentido pleno a nuestra vida. Porque todos tienen derecho a experimentar el amor de Dios.

Esta exigencia misionera y evangelizadora surge de nuestro Bautismo. Y el Bautismo es precisamente un morir y un resucitar con Cristo, en la feliz expresión del capítulo seis de la Carta a los Romanos.

Encauzaremos así , sin miedo nuestra muerte si miramos la de Cristo en la Cruz, porque más allá de la Cruz está la Vida, la Resurrección.

La idea que tengamos de Cristo muriendo en la Cruz, no puede ser otra que la de un Cristo, Hijo eterno del Dios que es Vida y que es Amor, y que se ha entregado a la Muerte en Cruz para darnos la Vida eterna. Cristo es el gran creyente y protagonista de la Vida.

#### Nuestra respuesta.

A la vista de todo lo anterior, la respuesta a Dios debe partir del individuo completo, como persona creyente, responsable de sus decisiones, y no sólo desde su razón, que sería un punto de vista filosófico, Dios debe ser razonable, no sólo razonado. También desde la filosofía.

Pero desde un punto de vista cristiano, Dios debe ser también *experimentado* por el ser humano. Porque éste, el ser humano, ha sido creado por Dios, que es Amor, por amor y para el amor. El cristianismo va más allá de toda filosofía. Esta sabe de debates. El cristianismo sabe de amor.

Y así, por poner un ejemplo referencial, pienso en las Cofradías y Hermandades. ¿Quién no conoce las de Sevilla, o Jerez, sin ir más lejos y por poner un ejemplo. Ellas pueden y deben jugar un papel muy importante a la hora de plasmar devocionalmente este Amor de Dios.

Hay que ver, con qué dedicación se preocupan, y muy mucho, por preparar, con generosidad, entrega, y acierto, las Procesiones de la Semana Santa. Y es emocionante, ver los Pasos, portando las preciosas Imágenes de Cristo, o la Virgen Dolorosa. Más allá de lo que pueda haber de exhibición y oferta turística, hay sin duda una puesta en escena de una fe que subyace en algún rincón del alma, y de una devoción que se lleva por dentro y que, en determinados momentos, como puede ser la Semana Santa, aflora a lo exterior. No cabe duda de que hay sinceridad, por más que a veces corresponda a una fe incipiente, o no madura, que por lo mismo no llega al compromiso de una vida razonablemente plena de sentido cristiano.

Ahí se juntan y conjugan, palmariamente, los sentimientos, la razón y la fe. Compañera de ambos es la fe, aunque ésta se quede a veces sólo en el acompañamiento de las imágenes, con todo el abanico de emociones que suscitan.

Belleza y emociones que cada quien puede experimentar según su idiosincrasia. Acompañar al *Cristo Muerto y Resucitado* ("Cristo de la Buena Muerte"), debe ser también acompañar al hombre en su escueta realidad, roto, fracasado, desvalido, sí, pero siempre con la mirada puesta en la esperanza de la Resurrección.

Acompañar el Viernes Santo a la Virgen Madre en su Soledad, y con Ella a tantas mujeres y hombres, a tantas hermanas y hermanos que se sienten solos, dolientes, abandonados, desorientados, debe hacerse con la confianza total en el sentido último de la vida: Dios.

La pasión y la muerte de Jesús en el Calvario nos abre a todos a la auténtica sabiduría de la cruz. Situados ante el misterio del mal, del dolor y de la muerte tenemos que acercarnos al Calvario para contemplar la figura de Jesús, Dios y hombre, en la cruz, como hemos expresado más arriba.

Si algo caracteriza a la muerte es el sentido de soledad que en sí misma conlleva. En definitiva, uno muere solo. Y Cristo, en su muerte en cruz, experimenta esta soledad. Soledad y sufrimiento son propios de todo moribundo. Es natural pues que Jesús exclamara en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

De esta manera Jesús se hace solidario de la soledad de todos nosotros. Él, como toda persona humana, avanza también por el corredor del dolor que desemboca y nos hace entrar en lo que lo que hemos intitulado metafóricamente la oficina de la muerte. Pero entra a sabiendas de que esa oficina no es la estación terminal.

De ahí que captar la sabiduría de la cruz es un don de Dios. Por eso, es al pie de la cruz del Señor donde nos sentimos con fuerza para poder cumplir su mandato de "Id por el mundo entero y proclamad el Evangelio a todas las

*gentes*", y sentirnos misioneros y evangelizadores, tal como exhorta el Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*.

#### Sin santidad nadie verá al Señor

De otro lado, el cristiano sabe que sin santidad de vida no se es cristiano. La santidad no consiste en andarse vegetando y flotando por encima de alguna nube. Consiste en seguir e imitar a Cristo.

El ser humano, todo ser humano, ha sido creado a semejanza de Dios. Esa es la dignidad gratuita que Dios le ha conferido. Por consiguiente, está llamado a la santidad.

Pues bien, no hay verdadera santidad si el hombre no lucha por salir del subdesarrollado, y sacar a los demás del mismo. Un mundo subdesarrollado es una ofensa al Creador. El hombre es el responsable de llevar las riendas de la creación para conducirla a buen término. Para eso Dios le ha dado la *inteligencia*, la libertad y la voluntad. Cuanto más plenamente humano sea el hombre más cerca estará de Dios. El cristiano está llamado a mantener viva la esperanza, y trabajar por un mundo más humano, donde todos puedan vivir, al menos, mínimamente bien.

El cristiano es un testigo de la Verdad. Dios es la Verdad. Está llamado a tener encendida la luz de la fe, a pesar de vivir en un mundo atormentado por los conflictos y la violencia. Precisamente por eso, porque hay tanto desorden, se necesita un esfuerzo mayor. A la agresividad se responde con la paz. Al odio con el amor. Lo racional termina triunfando sobre lo irracional. Dios ha puesto en el hombre la

capacidad de amar. Es hora de poner en marcha el motor del amor. Sólo el amor es capaz de transformar al individuo y a la sociedad.

#### Carnet de identidad de Cristo (DNI)

Todos estamos obligados a llevar con nosotros nuestro Documento Nacional de Identidad. Sirve para identificarnos. También Jesús tiene su DNI. Veamos.

Un día preguntó a sus discípulos: ¿Quién dice la gente que soy yo? La gente no conocía el DNI de Cristo. Por eso había tanta disparidad de criterios. Que si era Juan el Bautista, que si era un profeta…

Por lo visto, tampoco los apóstoles lo conocían bien. Porque cuando pregunta: ¿Y vosotros qué decís, quién soy yo? Todos se quedan callados. Se produce un silencio delator. Hasta que salta Pedro, surgiendo así una de las más claras confesiones de fe que nos transmite el Evangelio: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16,16). He ahí el DNI de Cristo.

Hoy, a la misma pregunta, hay respuestas como éstas:

- Jesús es el primer rebelde revolucionario de la Historia.
- Un hombre honesto, idealista, soñador y utópico.
- La voz de los pobres, de los humildes y marginados.
- El amigo y confidente que da sentido a mi vida...

¿Qué se concluye de tales respuestas? Lo siguiente:

- Desde la sociología: tendríamos un líder, uno más, de los muchos que ha habido en la historia.
- Desde la psicología: tendríamos un modelo referencial hecho a nuestra medida.
- Desde la teología: estaríamos ante un cristianismo que bien pudiéramos calificarlo de ateo.

# Creo en Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre.

Fue el Concilio de Calcedonia (año 451), quien acuñó este dogma de fe: "Creo en Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre". Una sola persona en dos naturalezas, la humana y la divina. He ahí el DNI completo de Cristo. Y el contenido central de nuestra fe. En consecuencia, bien podemos decir: Jesús es el Señor (Rm 4, 24; etc.). Jesús es el Mesías (Mt 16, 20; etc.). Jesús es el Hijo de Dios (Mt 16, 16 etc.).

Esos tres títulos van unidos a la Resurrección: a partir de la experiencia pascual, los discípulos descubren, viven y predican a Jesús de Nazaret, el cual siendo preexistente, se hizo hombre, vivió y predicó la Buena Nueva de Dios, murió y resucitó. Es decir, venció a la muerte.

### Somos parte del DNI de Cristo.

¿De qué manera? ¿Cómo? Muy sencillo: Dios se ha fundido con lo humano. Lo que significa que encontramos a

Dios desde nuestra propia humanidad. Y que en la hora definitiva no contará la fe, ni la religión a la que hayamos pertenecido, sino lo que hayamos hecho por los demás.

Esto no es fácil de asimilar para más de uno. La prueba es que nos hemos inventado dioses y religiones y ceremonias y leyes, para tranquilizar la conciencia.

Cristo, no obstante, nos dice: "Convertíos y creed en el Evangelio". Es decir, la Palabra de Dios nos exhorta a salir de la monotonía aburrida de una vida egoísta, materialista y hedonista, y darnos a los demás.

#### -3-

# CRISTO AMABA LA VIDA

Vamos viendo que este libro, con el subtítulo de "Oficina de la Muerte", no tiene como objetivo precisamente la Muerte sino la Vida. A esa oficina todos entramos, también Cristo entró, pero no nos quedamos en ella. Nuestro destino es la Vida.

De ahí que nuestra referencia es siempre Cristo. Él fue el gran enamorado de la Vida. Amaba la Vida. Su referencia y obsesión no fue la muerte. Nunca. Fue la Vida. Por eso su figura y su palabra fueron siempre cercanas. Transmitía amor, transmitía vida. Y sintonizaba con la realidad, tantas veces cruda y dolorosa, sobre todo en los enfermos. Y fue el gran sanador. Quería ver a la gente feliz. Y Él lo era. Jugaba con los niños, le gustaba alternar con la gente y aceptaba cuando lo invitaban a un banquete. Fue un hombre realista.

Todo es realidad. Todo. Pero la realidad más espléndida que existe es la vida. La vida, el don más preciado. Estamos transidos de vida. La vida se manifiesta, se conoce, y la expresamos muchas veces a través del lenguaje imprescindible, universal, de los signos y símbolos. La Biblia está impregnada de símbolos.

Los signos son el lenguaje más espontáneo, habitual, autómata, eficaz y comunicativo, en el que nos movemos. Sin el lenguaje de los símbolos y signos no podríamos transmitir, por ejemplo, el pensamiento.

# Lenguaje de los símbolos

Cristo se expresaba con símbolos. Los usaba constantemente. ¿Qué son, si no, las parábolas? Expresaba y comunicaba constantemente su Mensaje de salvación, el Evangelio, mediante el lenguaje elocuente de los signos y símbolos. Así, las parábolas, por ejemplo, son signo y realidad, tomadas habitualmente del ambiente en el que se movía.

El dolor humano, tanto físico como moral, le llegaba al alma. Y curaba a cuantos con fe se le acercaban. Infundía ánimo a todos. Y sabiendo que la necesidad más urgente de cada ser es la alimentación, y más en quienes padecen hambre, levantaba la moral de todos comparando el Reino de los Cielos con un banquete.

Un símil que le encantaba era el del Pastor que cuida de las ovejas. Decía, por ejemplo: "Yo soy el buen pastor. Conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, así como el Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él, y doy mi vida por las ovejas" (Jn 10,11).

Hay otro símbolo en el que nos podemos ver reflejados todos: el pozo de la samaritana. Lo llamaban el pozo de Jacob. Es allí donde se produce el encuentro con la samaritana. Y por extensión, con todos nosotros.

A él acudían a diario ella, y tanta gente, a buscar agua. El agua que necesitaban para beber, guisar, aseo, etc. Pero un día···, al acercarse, aquella mujer se encontró con Jesús y encontró, al mismo tiempo, el "agua viva que salta hasta la vida eterna" (Jn 4,14).

El pozo era un lugar de encuentro porque todos los caminos convergían en él. Allí acudía la gente. Allí esperaba Jesús, ofreciendo el cántaro de la fe para cuantos quisieran beber.

Mayúscula sorpresa la de aquella mujer al ver a aquel desconocido sentado en el brocal del pozo, -tantos desconocen a Jesús-. Porque, cansado de andar, en efecto, allí está Jesús, cubiertos de polvo sus pies, esos pies acostumbrados a recorrer incansables los caminos de la esperanza en busca de la oveja perdida.

Y, de pronto, brota "el Agua nueva que salta hasta la vida eterna". Es como si, de repente, el Pozo, puesto en pie, comenzara a verter el agua purificadora, sacramental, del perdón, de la solidaridad, y de una nueva humanidad. Agua encauzada en el río de la vida.

Pero pensemos también en el Jordán. Otro símbolo magnífico de realidades transcendentes. El Evangelio lo cuenta así: "Y sucedió que, cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado; y, mientras oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre Él con

apariencia corporal semejante a una paloma y vino una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco" (Lc 3, 21-22).

El Jordán. Símbolo bautismal. Bautismo. Agua sacramental, que purifica y vigoriza la Fe, incipiente en sus principios, y al mismo tiempo caudalosa e impetuosa como un río, para poder enfrentar los avatares de la vida y testimoniar en hechos la incorporación y seguimiento de Cristo, y el compromiso personal con Él.

O pensemos en el desierto. Para Israel, el Pueblo de Dios, el desierto fue su hábitat natural por muchos años, y su entorno constante. La vida floreció y florece en el desierto, que es al mismo tiempo lugar de ascesis y de espiritualidad. A pesar de lo agreste que pueda parecer y es, en el desierto hay mucha vida.

Así, por ejemplo, épica resultó la epopeya de Moisés en el desierto: "Caminaron tres días por el desierto sin encontrar agua. Llegaron a Mará, pero no pudieron beber el agua de Mará, porque era amarga. Por eso se llamó aquel lugar Mará. El pueblo murmuró contra Moisés, diciendo: ¿`Qué vamos a beber`?. Moisés clamó al Señor y el Señor le mostró un madero. Él lo echó al agua y el agua se volvió dulce". (Ex. 15, 22-25)

Difíciles resultaron para Moisés los años transcurridos en el desierto con su pueblo. Basta con que nos adentremos en el libro del Éxodo. Moisés supo hacer de Israel un pueblo unido y compacto, que guardara la memoria histórica de sus hechos, penurias, y proezas. Un Pueblo que supo mirar al pasado y dar gracias a Dios por todo lo acontecido en su larga historia.

Jesús que se retiró al desierto. Fue un retiro voluntario. Y una toma de conciencia de su propia personalidad y de la responsabilidad que asumía habiendo venido a este mundo para hacer la voluntad del Padre. Lo primero que hace es ponerse en actitud de oración, que es mirar hacia dentro de sí mismo y al mismo tiempo mirar a Dios, en el ejercicio más exhaustivo de la toma de conciencia de la responsabilidad que adquiere.

A continuación sufre las tentaciones. Otro símbolo y realidad magníficos por los que se identifica con la realidad de nuestra naturaleza tentada. El examen serio con que se mira a sí mismo, para ver pros y contras, y la escueta realidad humana es tomar el pulso a la vida.

Lo importante en este proceso es la revelación que encierra este episodio, relatado por los tres evangelios sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas.

#### Tentaciones de Jesús.

El desierto es el marco ideal de la prueba. En él reina la soledad y el silencio. Jesús se encuentra a solas consigo mismo. En pie está su libre albedrío. Suya, y sólo suya, será la libre y personal decisión que tome. Esa es la prueba. El

sentido de la tentación es, en definitiva, mirar a la vida que tiene por delante. Y sentir que el ser humano es un misterio de grandeza sublime y de profunda miseria, como ya apuntó el Vaticano II.

El cristiano vive constantemente en sí mismo la tensión y la dialéctica de la tentación. Porque tiene que moverse muchas veces en la ambigüedad, la misma que la vida le presenta.

Quizá sea ésta, la ambigüedad, la mayor tentación que tiene planteada el cristiano. En parte, porque se mueve siempre en el camino de la fe. Y la fe nunca es evidente. Como Dios. Dios no es evidente. Las cosas más sublimes no son evidentes. El amor, no es evidente. Debo hacer un acto reflejo de fe para creer a la persona que me dice: te quiero. Simplemente, le creo, porque el amor, como Dios, como la vida, no los puedo someter a un análisis de laboratorio.

¿Qué tentaciones tiene hoy el cristiano?, podemos preguntarnos. En primer lugar, el mismo desierto, que puede convertirse en la evasión de uno mismo. Es más fácil dejarse llevar de las tentaciones que luchar contra ellas. O por el contrario, ir como Cristo al desierto y enfrentarse con la realidad de uno mismo, y salir triunfador.

Otra tentación es el consumismo. Dejar que las cosas nos dominen y olvidar la primacía del reino de Dios. Cristo dirá: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4,4).

Hasta la misma religión puede ser una tentación, cuando se la convierte en algo mercantil, mágico o supersticioso. O en fuente de dominio sobre los demás. O en una pretendida manipulación de Dios. Jesús nos avisa: "No tentarás al Señor tu Dios" (Mt 4,7).

Otra enorme tentación son los dioses de la conveniencia, los ídolos, por los que muchas veces sustituimos a Dios, como pueden ser: la increencia, el agnosticismo, la política, y hasta la misma Biblia cuando de ella nos valemos, no para una búsqueda de Dios, sino para apabullar a los demás, exhibiendo nuestra más descarada vanidad y orgullo farisaico, infatuados de nosotros mismos, con citas que no vienen a nada.

Están además las tentaciones de la ciencia, de los falsos profetas, del hombre por el hombre, infatuado de sí mismo, donde no hay cabida para Dios. La referencia indicativa puede ser el grito: "Dios ha muerto, paso libre al superhombre" que pregona Zaratustra, de Federico Nietzsche. Cristo dirá: "Al Señor tu Dios adorarás" (Mt 4,10).

Jesús no sólo toma conciencia de sí mismo, sino que hace que Dios ocupe el primer plano en su vida y en la de los demás. Junto a las falsificaciones que de Dios nos pueden hacer las mismas religiones, Cristo presentará a Dios como el Padre cercano y amigo, al que hay que adorar "en espíritu y verdad".

Dios no es el Dios manipulable, que termina desapareciendo poco a poco del horizonte de nuestra vida. Es el Dios que envía a su Hijo al mundo para salvar al mundo. Cristo tiene la conciencia clara de su mesianidad. Siempre la había tenido. Pero quiere que también nosotros la tengamos de él. Cristo es, en definitiva, el Hijo de Dios.

A diferencia de los ídolos, Dios no es un Dios tirano, sino el Dios de la revelación, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. El Dios de la Vida y de la dignidad y grandeza del hombre, que habiéndonos creado a su imagen y semejanza, quiere que no seamos esclavos de las cosas.

Las tentaciones son manifestación de las distintas y múltiples esclavitudes. Jesús concluye su toma de conciencia, y la experiencia de las tentaciones a las que se somete como hombre: "Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto" (Mt 4,10).

#### -4-

#### **DESFILADERO OBLIGADO**

Cada día nos volvemos más ecológicos, si por esto entendemos también ser más amantes de la naturaleza. Y que, la naturaleza en sí misma es fascinante, a la vista está. Lo mismo da que se trate de un desierto, de una montaña, de una lujuriante selva, etc. De hecho, cuando tenemos oportunidad de asomarnos a un precipicio, o de ver un largo y estrecho desfiladero, el paisaje nos apabulla. Sin duda conocemos desfiladeros de profundas gargantas. Bajar al fondo puede ser una proeza, pero caminar por la orilla en el fondo de una profunda garganta por donde corre veloz y bravía el agua, casi un imposible.

Bien, esta puede ser una imagen, nada más, que nos sitúe mentalmente en lo difícil que debe ser el paso por la muerte, la travesía de ese desfiladero misterioso, al que por supuesto hay que despojar de toda belleza, y de todo ecologismo y romanticismo. Porque la muerte de bonita no tiene nada. Aunque sea, como decía el poeta Rilke, la "familiar y cordial invasión de la tierra". Evidentemente, la muerte es un tema existencial, pero fastidioso. El hombre quiere vivir. De ahí que la muerte sea consideraba como el mayor mal de la existencia. Allá por el siglo XVIII Young decía que "todos piensan que son mortales los demás, pero no ellos mismos". La cosa es que tarde o temprano habrá que atravesar el desfiladero en cuestión.

Sin embargo, en sentido cristiano la muerte tiene otra dirección bien distinta. "Para mí, el vivir es Cristo, y el morir una ganancia", decía abiertamente san Pablo en la carta a los Filipenses (1,21). Y en el Apocalipsis se lee: "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor" (14,13). Schiller, a su vez, sugería que "la muerte no puede ser un mal desde el momento que es algo general, para todos".

Lo cierto es que a nadie apetece morir. A cambio buscamos la felicidad. Todos buscamos la felicidad y son muchos los que se erigen en mesías y oferentes de felicidad. Como si la felicidad se adquiriera en un supermercado, en una gran superficie. Son muchas las ofertas al respecto. No todas son válidas. El deseo de pasarlo bien es muy legítimo en sí mismo. Y por supuesto, un modo no menos legítimo, de olvidarnos de la muerte. A fin de cuentas no nacimos para la muerte sino para la vida.

Sin embargo, qué fácilmente se nos enturbia la felicidad, por ejemplo cuando vemos en los medios de comunicación social noticias que ponen los pelos de punta. Violencia en sus múltiples aspectos, guerras despiadadas, gentes que actúan con saña diabólica. Y tantos otros caminos trillados que conducen a la destrucción, a la violencia y explotación de las personas, como son los miles de niños esclavos, o entregados a la prostitución. Son caminos que conducen a la insatisfacción, como son los del consumo, o los del placer degradante. Tantos y otros caminos que proponen los falsos mesías y que sólo benefician a los poderosos. Pensemos por

ejemplo en la tan traída y llevada globalización, y el cuento del bienestar. ¿Bienestar cuando hay tanta gente pasando hambre canina? Caminos, en fin, que conducen a la muerte por suicidio. El suicidio no se produce precisamente por el bienestar, ni personal ni social.

Desde el punto de vista fenomenológico la muerte es y seguirá siendo un enigma. Entonces, habrá que buscar otra salida más esperanzadora.

# Búsqueda del verdadero camino.

Nos la da el Evangelio. Cuando un día Cristo anuncia que se va al Padre, los apóstoles Tomás y Felipe intervienen: "¿Cómo saber el camino?" "Muéstranos al Padre y eso nos basta".

Estas preguntas, en realidad no son otra cosa que la búsqueda del hombre de hoy por el sentido de la vida. ¿Qué hago yo aquí? ¿Quién mueve los hilos de mi vida? ¿Hacia dónde camino? Y hay necesidad de respuesta.

La respuesta la da Jesús: "el Padre y yo somos una misma cosa". Y añade: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

Decía el gran teólogo Ratzinger, luego papa Benedicto XVI: "A partir de Jesucristo creo vislumbrar lo que es Dios y lo que es el hombre. Dios es tal como él se ha expresado en Jesucristo. Dios no es sólo distancia infinita, sino también

cercanía infinita. Se puede tener confianza en él y le podemos hablar: él ve, oye y ama. Aunque él no es tiempo, sin embargo tiene tiempo incluso para mí".

Todo camino lleva a alguna meta. Siendo Cristo el Camino la meta es el Padre, Dios; Él es la Verdad, la Luz, la Felicidad. Y el caminante cada uno de nosotros. A veces los caminos se hacen largos, inacabables, y nos puede entrar el cansancio. Viene entonces la tentación de abandonar el camino. En este caso sería la de abandonar el camino que presenta Jesús y optar por otros caminos, quizá más cómodos y atractivos. El del placer, en lugar del camino del amor. El del poder en lugar del camino del servicio. El del tener en el lugar del de compartir.

Sin embargo, siendo Cristo el Camino, a través de Cristo-camino, es como podemos descubrir el verdadero rostro de Dios. Y podemos balbucear y adentrarnos en la verdad de Dios y del hombre. Y así encontrar en Dios el sentido total de nuestra vida.

# Llevar pan para el camino.

Dios no quiere que nos falte el pan, ni el material, ni el de la dignidad, ni el del perdón, ni el de la solidaridad, etc. Para lo cual hay que comenzar por ser realistas. El pan no nos viene a las manos sin más. Hay un proceso previo, una cadena continuada para su elaboración. Desde el labrador que prepara la tierra y siembra la semilla, recoge la cosecha, etc., hasta que por fin el trigo convertido en harina termina

siendo el rico pan que llega a nuestras manos. Hay tanta gente implicada en algo aparentemente tan sencillo como es el proceso para la elaboración del pan que termina siendo el paradigma de la mejor solidaridad humana. Que lo es también de la responsabilidad. Y esta se ejercita cuando hay autenticidad.

La autenticidad tiene que ver también con la muerte. Heidegger afirmaba que "la autenticidad se alcanza sólo cuando el hombre se adelanta hacia su propia muerte". Habría que añadir, también antes. Se trata de vivir con autenticidad. Hacer el camino de la vida con autenticidad. Y llevar, y compartir, el pan de la solidaridad en el diario caminar.

# Al final del camino siempre está Dios

Por más que pensemos que la muerte siempre se da en el vecino, o, como dicen algunos, nadie se muere la víspera, lo cierto es que la muerte es una realidad presente a toda hora. Y por más que tratemos de camuflarla, disimularla, o tratar de auto-engañarnos, de nada nos sirve. Vivimos a la intemperie. Como diría santo Tomás de Aquino, "todos los males convergen hacia la muerte". Eurípides hablaba de la muerte como la "enemiga de los hombres y odiada de los dioses" (Alcestes, Act 1, sc. 1). De la misma opinión son Homero (Ilíada, 16) y Hesíodo (Teogonía, 212).

Seamos creyentes o no, ocurre a veces que buscando subterfugios a una realidad nada agradable como es la muerte, la mente crea y recrea dioses en su fantasía. Lo cual está indicando en el fondo la necesidad de que tenemos del verdadero Dios. A la hora de la verdad sobran los sucedáneos.

La Biblia, revelación de Dios a lo largo de la historia, y revelación máxima en Jesucristo, testifica también, y recoge, elementos mitológicos de otros pueblos haciéndolos propios para expresar la actuación de Dios. Pensemos, como ejemplo, en algunos de los relatos presentados por el libro del Génesis.

En el ser humano Dios está siempre de fondo. Y vale añadir, la obsesión de Dios es el hombre. Aunque el hombre, tantas veces, abreve su sed de infinito en la fuente de las dudas. Pero Dios no tiene dudas acerca del hombre. Simplemente, lo ama.

### El hombre un ser en situación

Los seres humanos somos personas en situación. Estar en situación es estar vigilante, estar atento a cuanto nos rodea y acontece. Somos como una esponja que todo lo absorbe. Absorbemos la historia, las personas, las cosas, y nunca nos llenamos. Somos insaciables, sobre todo, en lo referente a Dios. Buscamos a Dios más que la amada del Cantar de los Cantares cuando exclama: "En mi lecho, por la noche, buscaba al amor de mi alma; lo buscaba y no lo

encontraba. 'Me levantaré y rondaré por la ciudad, por las calles y las plazas, buscaré al amor de mi alma'. Lo busqué y no lo encontré" (Ct 3, 1-2).

El ser humano, por más que lo intente, no puede pasar sin Dios. Podrá tal vez negarlo, o construirse dioses a su medida, ahí tenemos las diversas mitologías; sin embargo, busca imperiosamente llenar el vacío que siente si le falta Dios. Curiosamente, negar a Dios, o rechazarlo, es también un modo de creer en Él, aunque no sea más que por la ley de los contrarios.

Es en las limitaciones cuando sentimos, y porque las sentimos, tenemos la posibilidad de lanzarnos a nuevas metas, a nuevas búsquedas. San Pablo dirá: "Sólo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio, al cual me llama Dios desde arriba en Cristo Jesús" (Flp 3, 13-14).

Afortunadamente, el ser humano tiende a preocuparse más de la vida que de la muerte. En el Olimpo de nuestra fantasía puede ocurrir como en el Olimpo de los dioses de la mitología griega, unos eran mejores que otros. Y algunos hasta malos. Pero todos luchaban por la vida. Y engendraban vida con los humanos.

El ser humano puede construirse, en el Olimpo de su fantasía, sus propios dioses. *Dioses de conveniencia*. Donde cabe los instintos, conveniencias, egoísmos, pensamientos controlados o sin control. Todo cabe. Todo, sí. Pero ese *todo* nos afecta. En nuestra propia idiosincrasia y en nuestro ambiente.

## Madurez de la persona

Es en este momento, cuando estamos tentados de conveniencia, cuando necesitamos que entre en juego nuestra madurez como personas. Léase, nuestra personalidad bien definida, capaz de enfrentarse y superar el ambiente y las circunstancias concomitantes que nos rodean.

Somos lo que somos, independientemente de cómo se nos valore, de que nos quieran o dejen de querernos. En pie queda siempre la pregunta: ¿quién, y cómo soy? Y la respuesta ha de ser: "soy lo que soy, digan lo que digan". A fin de cuentas se nos conocerá, como al árbol, por los frutos: "Cada árbol se conoce por su fruto" (Lc 6, 44). Y en san Pablo hay otra frase magnífica: "¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?" (1Cor 3,16).

En la persona hay un crecimiento. Todas las cosas vivas van creciendo, se desarrollan, evolucionan. De este modo, si rebobinamos la *película de nuestra vida*, qué distintos nos vemos hoy de cuando éramos niños. La fotografías que tal vez hemos colocado sobre nuestro escritorio, o en los anaqueles de nuestra personal biblioteca, o colgadas de la pared, son *fotogramas varados en el tiempo*, donde éste parece haberse detenido. Pero el tiempo no se detiene. Motivo por el cual, con la misma intensidad con que

contemplamos nuestro crecimiento físico, conviene que miremos nuestro desarrollo espiritual.

La verificación de las cosas es cuestión de experiencia. Una experiencia, por lo demás, que se nos presenta por sí sola. Hay una relación natural entre experiencia y verificación de nuestra realización personal. Por lo mismo, es fácil comprobar cómo va nuestro crecimiento espiritual. Para lo cual, bastaría alzar la mirada hacia Dios. De inmediato nos damos cuenta a qué distancia estamos de Él. De ese Dios al que Cristo nos lo ha presentado como Padre. Un Padre que es Amor y que nos ama a pesar de nosotros mismos. El Evangelio señala: "El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él" (Jn 14,23). Y el apóstol Juan añade: "Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud" (1Jn 2,5).

# El corazón a impulsos de la vida.

Qué distintas son nuestras reacciones emocionales según estemos contemplando un bebé recién nacido o una persona a punto de fallecer. Y es que, la vida atrae, la muerte repele.

Algo así sucede cuando nos sentimos en paz con Dios, o por el contrario, cuando nos sentimos alejados de Él. Cuando hemos pecado, y la conciencia es nuestro implacable testigo, quizá no tengamos conciencia exacta de la profundidad del

pecado, pero sí suficiente conocimiento que nos lleva a sentirnos mal.

Por eso, es bueno acudir a la Biblia. Ella es como un espejo donde se refleja el estado y la historia del Hombre, varón y mujer, de modo irrefutable. Con razón decimos que la Biblia es Palabra de Dios. Es el corazón latente de la Humanidad. Desde el corazón, metáfora y símbolo del amor y del odio, es donde se va transformando la persona. El profeta Ezequiel dice: "Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne" (Ez 36, 25-26).

De esta manera el desfiladero encontrará una salida feliz. El sentido que demos a la muerte será el sentido que demos a la vida.

# **EL INVIERNO FLORECE EN PRIMAVERA**

Cada estación del año tiene su propia entidad. Cada una, en sí misma, es bella. Hermoso es el paisaje nevado de la estepa. Y si observamos los árboles en invierno parece que estuvieran secos. No es así. Florecen en primavera. Los campos florecen en primavera. El invierno florece en primavera. Y la muerte florece en la Vida, en la Resurrección.

En nuestra vida hay también invierno. Pero hay también primavera. La semilla pasa el invierno bajo tierra y brota y florece en primavera. Es lo que acontece con nuestro crecimiento interior, porque no estamos abocados a la muerte sino a la Vida. De ahí la importancia y necesidad de estar en amistad y sintonía con Dios.

El pecado, siendo en sí malo, es al mismo tiempo un revulsivo. Sólo si se llega a perder la sensibilidad en las cosas de Dios nos puede llevar a apartarnos del amor a Dios y de la vida en Cristo.

El hombre necesita de Dios. Pero siendo así que *la gracia presupone la naturaleza*, como dice san Pablo, necesitamos esforzarnos. Si ponemos todo lo que está de nuestra parte Dios hará lo demás. A nosotros nos toca hacer los posibles. Los imposibles los hará Dios.

## La Historia de la Salvación nos crece.

Vemos cómo Dios actúa constantemente en la Historia. Esa Historia se llama Historia de la Salvación. Que consiste en lo que Dios ha hecho y sigue haciendo por la salvación del hombre, y que en consecuencia nos implica a todos, y al mismo tiempo por parte nuestra, tener Vida en Cristo. "Yo he venido para tengan vida y la tengan abundante" (Jn 10,10).

Dios actúa constantemente en la Historia, pero no queda atrapado en la historia, ni por la historia. Al contrario de lo que ocurre con la edad biológica. Dios supera el tiempo. Nosotros, en cambio, estamos atrapados en el tiempo, hasta que podamos trascenderlo, tras la resurrección de los muertos.

Está claro. La Historia de la Salvación trascurre en el tiempo. Y el tiempo es un proceso que nos hace ir hacia nuestra meta que está más allá de la muerte, como parte de esa Historia de Salvación. Una Historia que no se detiene. Y siendo nosotros parte de esa Historia de Salvación es claro que crecemos con ella. Hay que afirmar, pues, que la Historia de la Salvación nos crece, nos desarrolla para Dios.

Dios es la meta porque es el Dios de la Vida. Es el Padre que, con los brazos abiertos, sale al encuentro del hijo pródigo, en la entrañable e insuperable parábola del "Hijo pródigo", que relata el evangelio (Lc 15). Dios es un Padre que ama infinitamente a sus hijos.

### Ritmos de crecimiento

El regalo más grande que Dios nos ha dado es la vida. Y la vida, como un río impetuoso, como un devenir, no se puede detener. Avanza, inexorablemente, hacia su destino final que es Dios. Nos referimos a la vida natural. Pero el cristiano lo es por haber recibido además la vida sobrenatural por el bautismo como nuevo nacimiento.

preguntarse: ¿En qué consiste este nacimiento? La respuesta la tenemos una vez más en la Escritura. Por el bautismo cristiano Sagrada nosotros "llegamos a tener parte en la naturaleza de Dios" (2 Pedr. 1, 4); "somos realmente hijos de Dios por adopción" (Rom. 8, 16 y Gál. 4, 5). Por el bautismo somos de Cristo: "¿No saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos a Cristo Jesús, tenemos parte con El en su muerte al ser bautizados? Así pues, por medio del bautismo fuimos enterrados junto con Cristo y estuvimos muertos, para ser resucitados y vivir una vida nueva" (Rom. 6, 3-5). Es más, Jesús dijo: "El que no nace del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el Reino de Dios" (Jn. 3, 5).

Además, el Bautismo nos hace miembros del Cuerpo de Cristo, que es su Iglesia: "Cristo es como un cuerpo que tiene muchos miembros y todos los miembros forman un solo cuerpo. Pues todos nosotros, seamos judíos o griegos, esclavos o libres, al ser bautizados hemos venido a formar un solo cuerpo por medio de un solo Espíritu» (1 Cor. 12, 12-13).

# La persona humana es naturaleza y gracia.

San Pablo dirá que "la gracia presupone la naturaleza", es decir, el ser humano es materia y espíritu. La materia está sometida a las leyes del tiempo, pero lo trasciende. Su meta es la eternidad. Pues bien, lo mismo que el cuerpo tiene su ritmo de crecimiento, así acontece en el espíritu. Pero puede ocurrir que se incurra en la tentación de querer aplicar técnicas humanas, por ejemplo de orden psicológico, a la ley del espíritu. Esto es confundir naturaleza y gracia. Podemos someter el cuerpo a técnicas de experiencias biológicas en un laboratorio, una y mil veces, sí, pero jamás podremos hacer lo mismo con el alma o espíritu. El cuerpo cabe en un quirófano, o en una mesa de análisis, y se le puede someter a procesos de experimentación científica. Vale. Al espíritu jamás.

Situados en la temporalidad, sometidos a los procesos del tiempo, el paso del mismo nos exige fidelidad a la novedad de la Gracia de Dios que actúa en nosotros, a pesar de nosotros.

### Fidelidad a la Gracia

Naturalmente, la fidelidad exige esfuerzo, constancia, perseverancia, y sobre todo, una total confianza en Dios "que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos" (Mt 5,45).

¿Y cómo evitar que fracasos y frustraciones, malogren alcanzar nuestra meta, Dios? Ya que, "Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros" (2Cor 4,7). Ciertamente, el ser humano es incapaz de alcanzar a Dios por sí mismo. Entonces, alguien nos tiene que ayudar. Ese alguien se llama Jesucristo. Y Él nos dice cómo debemos actuar para alcanzar lo que por nosotros mismos no podemos. Nos dice: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5).

### La meta de la Salvación es Cristo

Tener ideales o metas, es de acuciante necesidad. Nos preguntarnos: ¿qué metas tenemos?

Conviene no confundir metas con las ensoñaciones o idealismos, que consisten en evadirse de la realidad. La evasión lleva al fracaso seguro. ¿Es nuestra primera meta el seguimiento de Cristo?

Hay diversas formas de evadirse de la realidad. Por ejemplo, el conformismo y estancamiento. O instalarnos en una espiritualidad ficticia y complaciente. Es lo que se llama falsa mística. También desentenderse de los demás. A esa falsa mística suele unirse la apatía y la tibieza.

El seguimiento de Cristo hay que hacerlo con vitalidad, empuje, y alegría. Y con esperanza, virtud profundamente

cristiana. Ésta sí nos lleva a una actitud verdaderamente positiva, y a ponernos en acción, por más que no siempre se cumplan esos deseos. La virtud de la esperanza es al mismo tiempo virtud de *confianza*. Poner nuestra confianza y esperanza en Dios. Apoyarnos en el Dios de la misericordia, desde una actitud serena.

De este modo, cuando Dios nos llame a rendirle el "parte" final de nuestra vida, comprenderemos la importancia que han tenido en la hermosa y radiante utopía de la vida, la fe, la esperanza, y el amor, siguiendo a Cristo que dice: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre" (Jn 11,25).

Permítaseme plasmar aquí uno de mis sonetos a Cristo, porque si *el invierno florece en primavera*, título de este capítulo, la mejor floración y la mejor primavera es el mismo Cristo.

Si estuvieran mis manos tan abiertas como abiertas están tus cinco heridas yo podría tocar tus cinco llagas y adentrarme en la luz de tu mirada.

Juntaría mis manos con tus manos metería mis dedos en tus llagas y sabría hasta dónde tus heridas han abierto un sendero a la esperanza. Ya crecen los olivos en el huerto donde el sepulcro no guarda tu cuerpo. Pasó la noche, el llanto y casi el miedo.

Ha llegado por fin la madrugada y entre luces y lágrimas al alba tu resurrección brota nueva en mi alma.

En el comienzo de la vida pública de Jesús aparecen tres acontecimientos muy significativos: el bautismo en el Jordán, las tentaciones en el desierto y las bodas de Caná con el milagro de la conversión del agua en vino y la intervención de la Virgen María.

Jesús, como dice el Catecismo de la Iglesia, "se deja contar entre los pecadores, es ya el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, anticipa ya el bautismo de su muerte sangrienta" (Catecismo nº 536). Nuestro bautismo, como ya hemos señalado, es la participación en el bautismo de Jesús en el cual él anticipa su muerte y su resurrección. Por el bautismo somos regenerados a la vida de la gracia, a la comunión con Dios. Al poder florecer en Vida eterna.

En cuanto a las Tentaciones: Cristo asumió plenamente la naturaleza humana con todas sus consecuencias. Después del bautismo tuvieron lugar las tentaciones que el Señor soportó durante los cuarenta días que permaneció en el desierto haciendo penitencia y dedicándose a la oración. Carta a los Hebreos dice: "No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino

probado en todo igual que nosotros excepto en el pecado" (Hb 4,15). Cada una de las tentaciones, además, tiene su propia enseñanza moral.

Por ejemplo: No esperar que Dios nos lo dé todo hecho, con una falsa fe en la providencia, como si nosotros no tuviéramos la responsabilidad de poner nuestra parte. El hombre no vive sólo de pan, sino que también necesita alimentarse de la palabra de Dios, de la oración, etc. y algo muy importante: no vender nuestra alma al enemigo, por honores, dinero o poder.

Fijándonos en las bodas de Caná. Resalta el papel de la Virgen María como coprotagonista y mediadora ante su Hijo. Y desde luego, la actuación de Jesús para transformar el agua en excelente vino. La presencia de Jesús en una boda nos remite a la institución del sacramento del matrimonio. Hay todo un simbolismo en ese convertir el agua en vino. Vino, no hay que olvidar, que se sirve al final. "Todos ponen el mejor vino al principio, y cuando ya están bebidos el peor, pero tú has reservado el vino bueno hasta ahora" (Jn 2, 10). Aplicado esto a la realidad humana se puede concluir que es fácil amarse cuando se está recién casados. Cuando se está de luna de miel. Aplicando el chiste fácil habrá que decir que algunos se comen pronto la miel y se quedan con la luna. Es decir, es fácil amarse en los principios del matrimonio, "el mejor vino al principio", pero ¿resulta lo mismo cuando se está llegando al ocaso de la vida, incluso antes? Sin embargo Cristo pone el mejor vino al final, es decir, cuando no son los cuerpos los que hablan sino los corazones.

Y por último, la señal de Jonás. El profeta pasa tres días en el vientre del cetáceo. Símbolo de los tres días que Cristo pasó en el sepulcro. Ni el profeta termina su vida en el vientre del pez, ni Cristo termina en el sepulcro. Resucita, y en su Resurrección está garantizada la nuestra.

### -6-

# **SANAR LA SOCIEDAD**

Nuestra sociedad está enferma. Gravemente enferma. ¿Quién lo puede dudar? El cáncer de la violencia, despiadada y criminal, incurable hoy por hoy, lo demuestra. El tiempo vuela, pasa muy rápido, pero cómo olvidar las inauditas masacres del 11 S, del 11 M, del 7 J. Nueva York, Madrid, Londres... Por este orden.

Mentes capaces de idear, o de llevar a ejecución, semejantes atrocidades, son mentes criminales. No pertenecen a la raza de los civilizados.

En el ser humano cohabitan dos instintos: el thánatos, instinto de muerte, y el instinto de vida. Contra el primero, hoy por hoy no se ve solución. Hoy, quien quiera hacer el mal por el mal, lo puede hacer con casi total impunidad. No hay quien pueda frenarlo.

La naturaleza, aun siendo genéticamente depredadora, no está programada para actuar con esa irracional brutalidad. El ser humano es un ser para la vida. Nació para proclamar la vida, no la muerte.

Es verdad que en la naturaleza hay una cadena congénita de destrucción. Unos a otros nos devoramos. De este modo se establece la cadena destructiva donde unas especies se comen a otras. Hay que comer para vivir. Por duro que sea constatarlo, y aunque parezca una contradicción, es ley de vida. Es la ley de la supervivencia.

Hay seres, los animales en general, que se alimentan de vegetales, como son plantas, hierbas, etc. También los vegetales tienen vida. Vegetal, pero vida. Y sin embargo, se destruye para que otros a su vez puedan vivir, sean animales irracionales como racionales. A su vez, el ser humano se alimenta de animales, supuestamente irracionales, como pueden ser vacas, corderos, etc; o peces. Son vidas. Vidas que se destruyen en beneficio de otras vidas.

Es la cadena destructiva, irremediablemente necesaria. Cada especie cumple su ciclo vital individual. Y al mismo tiempo colabora en el conjunto vital, global. Incluso la raza humana ha pasado por fases de antropofagia.

Siendo así las cosas, hay, no obstante, una armonía. Es la ley de la selva, habría que decir. Dura ley, dura constatación. Unos a otros nos devoramos, es el thánatos en bien de la vida en conjunto. Y todo sucede de modo tan natural que ni cuenta nos damos de que estamos viviendo porque otros son sacrificados por nosotros.

Habrá quien diga: yo tengo tanto amor a los animales que jamás como carne. Soy vegetariano. Muy bien. Pues ha de saber que las plantas también tienen vida. Vida sacrificada para que otros también puedan vivir.

### La violencia criminal.

En cambio, la violencia criminal no entra en el ciclo necesario y vital de la naturaleza. Y peor cuando la violencia es masiva, premeditada y criminal. Porque se puede comprender que alguien, en un momento de arrebato emocional, de delirio, pierda el control de sus instintos y de su mente y llegue a cometer un crimen, por auto venganza, o por lo que fuere. Se podría argumentar que se obcecó. ¿Pero cuando la violencia es masiva, premeditada?

Un día nos horrorizaron los atentados en Nueva York, Madrid, o Londres. Y Dios quiera que no haya que añadir más nombres a la lista. Horrorizan igualmente las guerras. Por más que a nivel de humanidad, y quizá por estar más acostumbrados a ellas, estemos perdiendo o hayamos perdido la sensibilidad o la capacidad de horrorizarnos. Nada justifica una guerra, por más que se les busque justificaciones. Sin duda que los terroristas, que son capaces de volar torres, trenes, autobuses, y lo que se ponga por delante, también buscarán una justificación a sus crímenes.

Pues no. No hay justificación. Ni para las masacres terroristas, que por inesperadas y brutales impactan más la sensibilidad, ni para las guerras, sean islamistas o vengan de donde vinieren.

# Urge concienciación pedagógica.

Nuestra sociedad está gravemente enferma. Y una de dos, o la curamos o terminará por morirse. Es urgente que, comenzando por los dirigentes de las naciones, se tengan reuniones y foros de concienciación para empezar una labor pedagógica y urgente a favor de la vida, comenzando por el respeto absoluto a la vida en gestación.

Urge también que en las universidades, colegios mayores, o simples colegios y escuelas, los docentes hagan

esta labor pedagógica para concienciar a los alumnos en pro de la vida.

Y la misma labor incumbe a los padres de familia en cada hogar. La primera escuela de valores es la familia. Por lo mismo, son los gobiernos los primeros que deben respetar y proteger a la familia. No se respeta a la familia por ejemplo cuando se autorizan matrimonios contra natura.

El argumento de que cada quién hace de su vida lo que quiere porque es asunto suyo, es una falacia. Hay cosas que aunque parezcan privadas repercuten en la sociedad, dañan a la sociedad, sobre todo cuando se inculcan o atacan valores que están por encima de lo privado. Lo dijo hace muchos años Pablo VI: "Los derechos de uno terminan donde comienzan los derechos de los demás".

Una cosa es matrimonio, otra unión. El matrimonio sólo puede darse, por la misma ley de la naturaleza, entre un hombre y una mujer. La unión, por el contrario, puede darse, y se da, entre individuos del mismo género. En no se sabe en orden a qué muchos gobiernos permiten la unión de individuos de la misma especie. Y cuando siguiendo esta permisiva degradación de valores se pida una ley que autorice el matrimonio con la "mascota", el perro, por ejemplo, ¿qué?.

Confundir, consciente o inconscientemente, y no saber diferenciar entre matrimonio y unión, es error de lesa humanidad. Hace daño, por las consecuencias, a toda la humanidad.

Tampoco se respeta la familia cuando se autoriza el aborto. Se olvida que la vida es el primer valor universal. El aborto, guste oírlo o no, es matar a inocentes. Tan inocentes que están en la indefensión total. Y si una madre, toda mujer lo es cuando está gestando, es capaz de matar un hijo por el aborto, ¿qué se puede esperar de ella? Cierto que podrá aducir mil argumentos como excusa o autodefensa, como puede ser una violación, o una pobreza extrema, etc., y en esa situación no se desee el hijo. Médicamente podrá haber alguna excepción justificada. Es entonces cuando la sociedad, representada por sus respectivos gobiernos, debe velar por la madre y por el hijo aún no nacido. Pero qué difícil es que una sociedad, ahíta de bienestar, tenga la suficiente sensibilidad para acordarse de que una gran parte de la sociedad vive en la más asquerosa e indigente miseria. O para hacerse cargo de ese hijo que, desde el momento en que ha sido engendrado tiene el absoluto derecho a vivir. Muchísima gente que busca y quiere adoptar niños son parte de la solución. También hay casas-cuna. Todo, menos matar a un ser indefenso. El aborto no es sólo un atentado contra la familia, lo es también contra la sociedad.

### Acudir a Dios.

Hoy, más que nunca, urge acudir a Dios. Sólo Él es el dueño de la vida. Y urge acudir al Evangelio, acudir al encuentro con Cristo. Él, que pasó por el mundo "haciendo el bien y curando toda enfermedad", es quien puede echarnos una mano y sacarnos de esta situación absurda en que la humanidad está metida por culpa de la violencia. ¿De qué

sirve una sociedad sin humanidad? ¿De qué sirve una sociedad sin corazón? ¿Qué nos está pasando con una sociedad que crea tales monstruos?

La sociedad necesita directrices morales y principios de orientación. La sociedad necesita vivir civilizadamente.

# -7-BUSCAR LA FELICIDAD

El gozo de vivir no tiene parangón. Nada más grande que la vida y ningún placer más grande que el de vivir. Cristo, como hemos señalado, fue el gran enamorado de la vida. Amaba la vida con intensidad. Y disfrutaba viendo a la gente feliz. Es otro tema importante, Que la gente sea feliz. Hemos nacido para la felicidad. Cierto es que en este mundo la felicidad a tiempo completo no existe. Incluso, llegados a este punto, cuando por un despiste, porque habitualmente el tema de la muerte lo rehusamos, pensamos en la muerte, la consideramos como una intrusa que viene a opacar o estropear nuestra ración de felicidad. La muerte es una vecina con la que no hacemos buenas migas. Es "una vampira que viene a chuparnos la sangre", como diría Sartre, hablando del "prójimo".

Sin embargo, no queda más remedio que familiarizarse con la muerte. Pero de un modo totalmente natural y racional. De otro modo sería obsesión, y la obsesión puede terminar en depresión. Mala cosa.

Se contribuye al estado de felicidad personal cuando se está en paz con la propia conciencia. Y la conciencia está en paz cuando está en perfecta sintonía con uno mismo, con Dios, y con los demás. A esta perfecta armonía contribuye la oración.

# La oración mantiene el equilibrio mental

Jesús, al dirigirse a Dios en su oración, emplea una expresión sorprendente e inusitada. La sociedad que conoció Jesús tenía tal conciencia de la grandeza y majestad de Dios que se evitaba pronunciar el nombre santo de *Yavé*. En la conversación ordinaria se acudía a otras expresiones o giros, como *el Altísimo*; *el Santo*, *el Señor de los cielos*, etc. En la lectura litúrgica de las Escrituras se sustituía por el término solemne de "Adonay" (nuestro Señor), que sólo una vez al año lo pronunciaba el Sumo Sacerdote. En este ambiente, resulta todavía más sorprendente que Jesús que se dirija a Dios llamándole "Abba" (Mc 14, 36). Los primeros cristianos conservaron su original arameo, tal como la pronunciaba Jesús: "Abba" (Rm 8, 15).

### Sólo el Amor nos lleva a la Salvación.

La relación Padre-Hijo que se da en Cristo es relación de amor. No deja de ser sintomático que haya puesto como distintivo total de nuestra identidad cristiana, y por tanto, de su seguimiento, el amor.

Hablar del amor cristiano es necesario porque aquí es donde nos jugamos la salvación, Vida. "Dios es amor". Y dice más: "Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su único Hijo" (Jn 3,16). Añade: "Amaos como yo os he amado". ¿Y cómo nos ha amado?

Cristo vive un amor universal, sin fronteras. Se manifiesta cercano y sensible a todo tipo de personas. Rompe las barreras de razas, credos religiosos. Vive un amor perdonador y compasivo con las flaquezas y debilidades de los demás. Vive un amor gratuito y sin esperar recompensas. Pide a los suyos que vivan el amor como una ofrenda gratuita. "Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?". Vive un amor que se inclina hacia los más débiles y los pobres, como son los pecadores, viudas, publicanos, leprosos... Vive un amor liberador. Además de estar con los más necesitados se enfrenta a los que causan el sufrimiento y la injusticia. Vive un amor extensivo también al enemigo. El amor no es sólo amor al prójimo con el que nos llevamos más o menos bien. Añade: "Amad a vuestros enemigos". Y es que Dios hace salir el sol sobre buenos y sobre malos.

### Los dos hermanos

Hemos señalado que el Dios de la Biblia es un Dios metido en la Historia, que toma partido por el pobre y el marginado. Por eso, la historia bíblica está llena de preguntas fuertes como éstas:

- "¿Dónde está tu hermano?": Fue la pregunta que Dios hizo a Caín, la misma que hoy nos hace a nosotros.
- "¿Quién es mi prójimo?": Todo ser humano, no importa si está cerca (próximo), o si está lejos. Para el amor no hay distancias ni fronteras. Muy significativa al respecto la parábola del buen samaritano. El amor al prójimo está por encima del culto y de las religiones.

En el capítulo 25 de san Mateo se habla del juicio último, bajo la parábola del pastor que separa las ovejas a un lado y las cabras al otro.. Para ambos grupos la pregunta es la misma, pero con resultado antagónico. A unos dirá: "Venid,

benditos de mi Padre, porque tuve hambre, etc, y me disteis de comer". A los otros: "Apartaos, malditos, porque tuve hambre, etc, y no me disteis de comer..."

Y unos y otros, admirados, sorprendidos, tendrán la misma exclamación: "¿Cuándo te vimos hambriento, o sediento o necesitado... y te asistimos (o no)?" . Y la respuesta también la conocemos: "Cuanto hicisteis (o no) a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis".

Hay una especie de cuento, cuyo autor desconozco, muy elocuente al respecto. Se trata de dos hermanos. Uno casado, soltero el otro. Los dos en buena posición económica. Les iba bien. Habían tenido muy buena cosecha de trigo. El mayor, el casado, pensó: mi hermano soltero está bien, no necesita nada, pero estando soltero quién sabe si el día de mañana... A media noche, cuando nadie lo veía, cogía un saco de trigo y lo llevaba al granero de su hermano. El hermano soltero decía: mi hermano está casado, tiene mujer e hijos, le va bien, no necesita de nada, pero quién sabe si el día de mañana... Lo mismo, cogía un saco de trigo cuando nadie lo veía y lo llevaba al granero de su hermano. Así una noche y otra noche. Hasta que una noche, impensadamente, los dos se encontraron al cruzarse a la mitad del camino. No hizo falta explicaciones. Los dos se dieron cuenta de las mutuas intenciones.

## Compromiso con la Iglesia

Cuando el hoy san Juan Pablo II subió al pontificado, escribió la que se ha llamado su carta programática, la "Redemptor hominis", que comienza: "El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia". Magnífica visión y enfoque de la realidad. Sin Cristo el mundo no tendría sentido, más, no existiría. Cristo es la consecuencia de la existencia de Dios, en primer lugar, y luego de su actuación como Creador, y más tarde como Redentor del Hombre caído por medio de Cristo.

La Gaudium et Spes, del Vaticano II dice que: "El hombre es un misterio de grandeza sublime y de profunda iniquidad" (GS). Lo que significa expresar atinada y clarividentemente la realidad del ser humano. Su grandeza consiste en ser imagen de Dios. Y su iniquidad es consecuencia de haber hecho mal uso de su inteligencia y libertad. La libertad, el mayor bien después de la vida. Pero siempre peligrosa, porque aciertas o te equivocas, no hay término medio. Consecuencias de la mala elección fue el pecado. Pero, como dirá san Pablo: "Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia". (Rom 5,20).

En consecuencia, estamos salvados en Cristo y por Cristo. Ahora bien, esta misma salvación nos conduce a un compromiso serio con la Iglesia, Pueblo de Dios, Comunidad de los redimidos por Cristo. "He venido a anunciar la Buena Nueva a los pobres···" (Lc 4,16). Pero Cristo nos quiere y señala como sus colaboradores: "Id por el mundo entero y proclamad el Evangelio a todas las gentes" (Mt 28). Y cuando se nos narra el milagro de la multiplicación de los panes bien sabemos que, más que fijarse en lo espectacular del milagro, hay que fijarse en el gesto, sencillo y humilde, de alguien que

al poner lo poco que tiene a disposición de todos, mueve sin duda a los demás a hacer lo mismo. Y así hubo comida para todos, y aún sobró (Jn 6, 1-15). Un milagro de acuciante actualidad para imitar su ejemplo y saciar el hambre de la humanidad. Se necesita generosidad, altruismo, y sentido de la realidad. Se necesita menos egoísmo y más amor.

### Necesidad de educar la sensibilidad.

Constata el Evangelio: «Le seguía mucha gente, porque veían los signos que hacía con los enfermos».

La cumbre culminante del recorrido de Cristo por las tierras y aldeas de Palestina y de su misión es anunciar: "está cerca el Reino de Dios". En la Cena de la Pascua del Jueves Santo dice: "Este pan es mi cuerpo entregado. Tomad y comed todos de él". Cristo se da en alimento a todos, sin excepción. Entrega total y generosa que significa: "Haced vosotros lo mismo".

Gran catequesis, y catequesis significa "resonancia", esta de la multiplicación de los panes. Cristo, pan de vida, se multiplica y entrega, dándonos ejemplo de que también nosotros tenemos que ser "pan que se entrega".

¡La Iglesia, y todos los bautizados lo somos, necesita ser repartidora de amor! ¡Qué buen símbolo de amor es el pan! Así, cuando llegue nuestro último día, si hemos sido pan partido y compartido, podremos presentarnos ante el Señor con la mayor naturalidad, confianza y seguridad.

### LA VIDA

Si queremos entender que la muerte no es el final de esta vida, y menos un final absoluto. Si creemos en la Vida eterna, conviene que nos fijemos en estas palabras de Cristo: "Éste es el designio del que me envió: que de todo lo que me ha entregado no pierda nada, sino que lo resucite el último día. Porque este es el designio de mi Padre, que todo el que reconoce al Hijo y le presta adhesión tenga vida definitiva, y lo resucite yo el último día" (Jn 6, 39-40).

La fe cristiana no significa, ni es, adhesión a una determinada religión, sino que consiste en *creer en Cristo y seguirle*. Desde esta fe, seguimiento de Cristo, es como entendemos la Vida y podemos decir: *Creo en la resurrección*.

Hermosamente lo expresa san Pablo: "Si se anuncia que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Pues bien, si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra él, diciendo que

ha resucitado a Cristo, a quien no ha resucitado… si es que los muertos no resucitan. Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís estando en vuestros pecados; de modo que incluso los que murieron en Cristo han perecido. Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo sólo en esta vida, somos los más desgraciados de la humanidad. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto". (1Cor. 15,12-20)

Y san Marcos: "¡Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos!" (Mc 12,27).

Jesús junta la fe en la resurrección con la fe en su propia persona. Dice: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto?" (Jn 11,25).

¿Crees esto? Buena pregunta. Se la hace personalmente a Marta, hermana de Lázaro, que está de cuerpo presente, y que Cristo va a devolverlo a la vida. Marta respondió que sí, que creía. No sabemos si lo dijo con la boca pequeña. Probablemente. De inmediato iba a ver hechas realidad las palabras de Cristo.

Cuando se nos va un ser querido, sin duda quisiéramos que volviera a la vida, a la vida presente, como le sucedió a Lázaro. Pero Cristo no se hace presente ante el difunto, como en aquella ocasión. Y sin embargo, siendo tras su resurrección el eterno Viviente, sí que está, para decirnos: "Si crees en mí tendrás la Vida eterna". Es la Resurrección de Cristo la que garantiza nuestra propia resurrección, que no es volver a la vida de antes de morir, sino ir a la Vida eterna.

### Creer en la vida

Aunque parezca una perogrullada afirmarlo, la vida, ante todo, hay que vivirla. Porque la vida humana es, antes de nada, "apropiación": es decir, necesitamos hacerla nuestra, vivirla nosotros mismos; y en definitiva, amarla. Lo cual, aunque parezca simple, no es tan fácil.

Amar la vida es también darle un *significado*. En sí misma es un valor. Sólo cuando se descubre su valor, valga la redundancia, la valoramos. Y daremos sentido a la vida desde la dimensión sapiencial que le imprimamos. Quiere decir, hace falta una *cosmovisión* de la vida misma y de su entorno. No estamos solos en el mundo, ni dependemos sólo de nosotros.

Posiblemente, y por el sentido de los contrarios, valoraremos más la vida desde el sentido de la muerte. Desde la conciencia diáfana de la finitud aparecen los interrogantes básicos de la existencia humana: los "por qué", y los "para qué".

En esos interrogantes entra, por supuesto, y de modo primordial, el problema Dios. Porque Dios no es evidente. Es objeto de fe. Y sin embargo, Dios es necesario, es imprescindible. Es el sentido último y total de nuestra existencia.

Sin "sentido" de la vida no se puede vivir. Y la vida tiene sentido si se lo damos, de lo contrario, estaríamos vaciando de contenido lo más valioso que tenemos: la misma vida.

Una vez que hemos tomado conciencia del sentido de nuestra propia vida, resulta más fácil remontarse hasta quien es el Sentido total de nuestra existencia: Dios, que se ha manifestado y se manifiesta de muchas maneras, como se expresa la carta a los Hebreos (Hebr 1,1). Para un creyente, acudir a la Biblia es una gran ayuda, porque ayuda mucho a la comprensión de la misma fe. Pero incluso para quien no tuviere el don de la fe, hay que recordar que Dios no se revela sólo en la Biblia, o en los acontecimientos que ésta recoge, para ser más exacto; lo hace también: antes y fuera de la revelación bíblica; en las grandes Religiones antiguas y actuales; en las culturas milenarias de Asia y de África; y de los demás Continentes; en las personas de buena voluntad; en los Signos de los tiempos que decía el papa san Juan XXIII; en la historia de los grupos humanos; etc.

Dios se manifiesta, pues, de innumerables maneras. La manifestación de Dios ha adoptado y adopta diversas formas que para nosotros resultan fácilmente asequibles y comprensibles. Por ejemplo: las formas cosmológicas, la manifestación de Dios vinculada a una realidad cósmica de lugar, etc.; las formas antropomórficas, vinculación de la divinidad a la historia humana: divinidades de las diversas

culturas: griega, romana, etc; las *formas ideológicas*, ahí entran en juego nuestras categorías mentales, filosóficas, etc, por las que podemos captar el misterio de Dios.

### Tradición Bíblica

Si nos atenemos a la Revelación de Dios en la tradición bíblica: La Biblia resulta fundamental, porque no sólo es la revelación del misterio de Dios, sino que ilumina también, y de qué manera, el misterio de la condición humana. Basta leer la Constitución *Dei Verbum*, (nn. 2-6) del Concilio Vaticano.

La revelación de Dios es, ante todo: una comunicación de su vida a la humanidad, que se realiza en hechos concretos (por ejemplo, todo el acontecer que narra el Éxodo, etc.); en palabras (pensemos en los profetas)

Dios actúa de manera progresiva y que tiene en Cristo su culminación.

El Antiguo Testamento, y por consiguiente, el pueblo protagonizado en él, tiene el mérito de presentar a Dios como: un *ser personal, único* y *comprometido* con su Pueblo, es decir, la Humanidad y su devenir histórico.

# La Revelación de Dios se hace plena en Cristo

El mensaje de Jesús fue el anuncio de la llegada del Reino, para lo cual exige una actitud: la conversión, (Mc 1, 14), el cambio radical de vida, en una palabra, "dar sentido", con lo cual el Evangelio es verdaderamente revelación de Dios y su Reinado, Buena Nueva.

Y es Buena Nueva porque Cristo nos presenta a Dios como Padre. Una paternidad que nada tiene que ver con la realidad de la paternidad humana. Por el contrario, la paternidad de Dios es lo que da origen y sentido a la paternidad humana y no al revés: "De Él toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra" (Ef 3, 14-15).

Dios es Padre, y Cristo se manifiesta como el Hijo. Y lo más precioso, que siendo Él el Hijo, nos engloba en esa filiación también a nosotros. De ahí se concluye que la revelación que Cristo nos hace de Dios como Padre, es: La gran noticia cristiana. El corazón del Evangelio. El núcleo de la fe cristiana. La fuente de la salvación.

### Dios misterio inefable

El misterio de Dios nos desborda absolutamente y al mismo tiempo *condiciona* todo el significado humano y cristiano de nuestra vida. Dios nos ha dado la capacidad de intuir su existencia y su presencia envolvente.

El problema está cuando por querer abarcar a Dios, nos hacemos falsas imágenes de Él, o cuando nos lo imaginamos a nuestra semejanza (como un señor de larga barba que anduviera flotando por no se sabe qué lugar de la estratosfera). No se puede hacer de Dios una caricatura, ni caer en el fetichismo. La muerte, cuántas veces y según culturas, se ha envuelto con la manta del fetichismo,

convirtiéndola así en algo más tétrico aún de lo que en sí ya es.

En el Nuevo Testamento, Cristo nos presenta a Dios como *Padre misericordioso* (baste recordar la parábola del padre misericordioso; en el hijo pródigo; y en tantos pasajes como: "Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó" (Ef 2, 4); "Padre misericordioso y Dios de toda consolación" (2 Cor 1, 3); "Jesús revela el rostro de Dios Padre 'compasivo y misericordioso" (Sant 5, 11); etc.

Para terminar: La "experiencia de Dios" pasa por el "sentido" o "fundamento" de nuestra vida. Dios es la "consistencia" y "seguridad" de nuestra vida, y de nuestra muerte vencida por la Vida.

# **CONCLUSIÓN**

Para terminar estas reflexiones permítaseme hacerlo con este poema mío:

### MI POEMA ES UN CANTO SERENO A LA VIDA

Mi poema es un canto sereno a la vida, amasada de tierra y de luz divina, geografía labrada en las horas del tiempo y los días donde nadie jamás podrá suplantar mi indigencia, hecha a medida de mi personal y frágil transparencia.

Admiro la canción primaveral del árbol en el pentagrama verde del paisaje embrujado por recóndita fuente que le cautiva y reverdece.

Río me sé, nacido de humilde fuente, que lo mismo da de beber al desierto, por siglos de siglos sediento, que riega la agreste y lujuriante selva.

Solidario me siento de todas las estrellas que navegan sin fin por los caminos insondables del universo inabarcable, ecuménicas viajeras de sueños hibernados para siempre en los azules espacios siderales.

Hombre desnudo me veo,
aunque de divina hechura revestido;
calzando sandalias ligeras
para navegar deprisa los caminos
siempre intrincados de la fe,
y, sin embargo,
mendigo a destajo soy
oteando oropeles de felicidad,
a la par de esta hermosa humanidad.

Arder veo las raíces de mi yo
en el mismo crepitar del fuego
que consume, suavemente, la savia genésica de mi ser
en ofrenda de luz al Dios de la Vida
que ha hecho del Universo
regazo maternal de todos los poemas.

Bajo un cielo copioso de estrellas, he plantado mi tienda en tierra de nadie para seguir viviendo, si posible fuera, a la vera elíptica de mis sueños.

Procuro columpiar mi fantasía, de los cuernos de la luna, para alargar a pleno sol el juego impostergable de la vida mientras cae suavemente la tarde.

Y cuando al fin, con todo y poema,

mi ser encalle, inexorable, en el redil sereno del ocaso, llegada que sea la noche, un carrusel de luz las estrellas todas formarán, para alumbrar de azul celestial mi muerte.

Entonces,
como el soldado que con valentía
la vida ha defendido,
bajo protesta formal de hombre mortal,
vertical como un ciprés,
morir me moriré.

Una túnica inconsútil de luz, bordada con las hebras de un poema, envolverá entonces piadosamente mi ser.

Y al fin,

cuando todo en silencio quede, más allá, o más acá de las estrellas, no lo sé, mi yo seguirá enhebrando, por siempre jamás, un canto inacabado a la vida.

# ÍNDICE

	Pág.
1- OFICINA DE ENFRENTE: LA MUERTE	4
2- QUÉ IDEA TENEMOS DE LA MUERTE DE CRISTO	16
3- CRISTO AMABA LA VIDA	27
4- DESFILADERO OBLIGADO	35
5- EL INVIERNO FLORECE EN PRIMAVERA	45
6- SANAR LA SOCIEDAD	54
7- BUSCAR LA FELICIDAD	60
8- LA VIDA	66
CONCLUSIÓN	73

Noviembre 23, 2014
Solemnidad de
Cristo Rey del Universo